



## En Memoria de Jose Schlosser y Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la "Cadena Fraternal", Página editada con los auspicios de la  
Respetable :: Logia:: Simbólica "La Fraternidad nº62" de Tel Aviv, Israel  
WWW.CADENAFRATERNAL.COM

Plancha 1281

**A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:**

Gran Logia de España  
Gran Logia Provincial de Valencia.  
R.:L.:Sim.: Luz de Levante nro. 29.  
Denia, 14 de marzo de 2026.

V.: M.: HH.: 1er. y 2do. VVig.: ;  
QQ.:HH :.todos:

### LOS SESGOS

En el mundo profano se suele confundir la verdad con aquello que se desea creer, con lo que confirma nuestras opiniones o con lo que nos resulta cómodo aceptar. En el Templo, en cambio, se nos invita a un ejercicio más arduo, desprendernos de nuestras convicciones para permitir que la Luz nos alcance.

He observado cómo la mente humana se aferra a sus propias estructuras cuando no se trabaja masónicamente. Por ello son tan importantes las herramientas del Aprendiz porque no son simples objetos simbólicos, sino un método para perfeccionar nuestra mente. El mallete representa la fuerza de voluntad necesaria para quebrar los hábitos de pensamiento que nos encadenan a creencias previas. El cincel simboliza la precisión con la que debemos separar lo verdadero de lo ilusorio, golpe a golpe, idea a idea. La regla de 24 pulgadas nos recuerda que el tiempo debe dividirse con sabiduría: una parte para el trabajo, otra para el descanso y otra para la reflexión. Porque una mente fatigada o apresurada se convierte en terreno fértil para los sesgos, y estos pueden tornarse un verdadero peligro para nuestros trabajos.

Estas herramientas cumplen su propósito cuando se emplean bajo una auténtica libertad interior. Sin ésta disciplina y entre prejuicios y sesgos, la premisa del libre pensamiento puede transformarse en su contrario, una aparente libertad que en realidad nos encadena a nuestras inclinaciones y deseos. Cuando el mallete no golpea, el cincel no depura y la regla no ordena, la mente queda a merced de impulsos que se disfrazan de autonomía, pero

no son más que formas sutiles de servidumbre. La libertad sin trabajo interior no es libertad; es una ilusión que mantiene al hombre girando en torno a sí mismo, lejos de la Virtud y la Verdad.

Antes de continuar, considero necesario describir una de las distorsiones más poderosas que afectan nuestro juicio: el sesgo de confirmación. Este concepto surge de los estudios del psicólogo Peter Wason en la década de 1960, quien demostró que las personas tienden a buscar, seleccionar e interpretar la información de manera que confirme lo que ya creen. Años más tarde, Raymond Nickerson amplió esta comprensión mostrando que este sesgo opera en varios niveles: buscamos evidencia que apoye nuestras ideas, interpretamos las ambigüedades a nuestro favor y recordamos selectivamente aquello que coincide con nuestras creencias previas. No se trata de un simple error lógico; es una inclinación profunda de la mente humana.

Conviene, sin embargo, comprender algo esencial: los sesgos no son defectos morales ni fallas deliberadas del carácter. Son mecanismos cognitivos que han acompañado al ser humano desde sus orígenes. La mente, para sobrevivir, aprendió a decidir con rapidez, a simplificar la realidad y a economizar energía. En contextos primitivos, esa rapidez podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

El problema no radica en su existencia, sino en su permanencia inconsciente en un mundo que exige reflexión. El trabajo masónico no combate un “mal” exterior; disciplina una inercia natural de la mente que, si no se gobierna, termina gobernándonos.

La historia ofrece ejemplos elocuentes de cómo incluso los grandes hombres sucumbieron a esta inclinación. Uno de los más ilustrativos es el de Julio César. En los últimos días de su vida, múltiples señales apuntaban a que se gestaba una conspiración en su contra. Su esposa Calpurnia tuvo sueños inquietantes que le rogó no ignorar; algunos aliados insinuaron la inquietud de ciertos senadores; incluso recibió advertencias escritas que no llegó a leer. Sin embargo, eligió atender únicamente aquello que reforzaba su sensación de invulnerabilidad.

Confiaba en que su popularidad, su genio político y su aura casi mítica lo protegían de cualquier traición. Entró al Senado convencido de que nada podía ocurrirle. Su asesinato no fue solo el resultado de una conspiración política; también fue la consecuencia de una mente que rechazó ver aquello que no deseaba aceptar.

Algo semejante ocurre en el mito de Laocoonte. Durante la guerra de Troya, los griegos fingieron retirarse y dejaron ante las murallas un enorme caballo de madera. Los troyanos, agotados por años de conflicto, vieron en él un símbolo de rendición y victoria. Laocoonte advirtió con firmeza que se trataba de una trampa. Golpeó el caballo con su lanza y escuchó el sonido hueco que revelaba su interior. Pero la ciudad, ansiosa por creer en un final feliz, desoyó su advertencia. Según el mito, serpientes marinas emergieron y lo devoraron junto a sus hijos; su muerte fue interpretada como un castigo divino por desconfiar del supuesto regalo. Reforzada en su ilusión, la multitud arrastró el caballo dentro de la ciudad. Esa misma noche, los guerreros ocultos en su interior abrieron las puertas a los griegos y sellaron la caída de Troya. Así actúa la falacia ad populum: cuando el deseo colectivo sustituye al juicio.

Estas historias revelan un mismo patrón: la tendencia humana a moldear la realidad según nuestras expectativas. Dos personas pueden contemplar la misma evidencia y arribar a conclusiones opuestas, porque cada una mira el mundo a través de los cristales de su historia, sus temores y sus deseos. Ahí es donde debemos dejarnos iluminar por la Luz que buscamos en nuestros trabajos, la del G.:A.:D.:U.:, para desprendernos de “nuestra verdad”.

José Ortega y Gasset ya advertía sobre esta limitación cuando las personas, ancladas en posiciones rígidas, se vuelven incapaces de pensar más allá de su ideología. A esa cerrazón la llamó hemiplejía moral: no una falta de inteligencia, sino una incapacidad de amplitud. A estos sesgos se suman otras inclinaciones que también distorsionan nuestra percepción. El sesgo de disponibilidad nos lleva a sobrevalorar lo reciente o impactante; el sesgo de autoridad nos inclina a aceptar sin examen lo que proviene de quien consideramos superior; el sesgo de anclaje fija nuestra mente en la primera impresión y condiciona todo juicio posterior; el sesgo de grupo nos empuja a pensar como el entorno al que pertenecemos, no siempre por convicción, sino por comodidad emocional.

Actúan en silencio y moldean decisiones sin que lo advirtamos. Por eso exigen vigilancia constante.

La Masonería ofrece principios que actúan como contrapesos. La igualdad nos protege del sesgo de autoridad al recordarnos que ningún Hermano posee privilegio sobre la Verdad. La libertad de pensamiento —entendida como ejercicio responsable y no como capricho— nos resguarda del sesgo de grupo. El espíritu de investigación combate el anclaje al impulsarnos a no

quedarnos con la primera impresión, sino a profundizar y contrastar con rigor.

La fraternidad nos ayuda a superar el sesgo de atribución. La templanza equilibra el sesgo de disponibilidad. La humildad nos protege de la ilusión de control y de la falsa certeza de que “siempre lo supimos”. Así, los principios masónicos no son meros enunciados éticos: son herramientas vivas que orientan la razón y despejan las sombras de la mente.

En el mundo contemporáneo, los sistemas informatizados se aprovechan de esta vulnerabilidad. Los algoritmos nos muestran contenidos alineados con nuestras convicciones porque eso genera interacción y permanencia. Así quedamos atrapados en lo que Eli Pariser (2011) denominó el “filtro burbuja”: cámaras de eco donde nuestras creencias se refuerzan sin oposición. En ese entorno, la verdad se fragmenta, la razón se debilita y la polarización se intensifica. Esto resulta especialmente peligroso porque puede radicalizarnos o polarizarnos aún más.

Al reconocer la presencia de los sesgos entiendo que no basta con nombrarlos: debo enfrentarlos con trabajo y con vigilancia constante, porque ignorarlos me haría presa de lo profano y siervo de nuestro mayor enemigo. El progreso real exige despojarme del ego sin concesiones, sostener el combate interior que define al masón y avanzar con firmeza hacia la elevación de la mente y la conquista de la verdadera libertad.

He dicho, VM.·.

Valentín Lemes M:.M:.